

Sobre navíos y naufragios: ¿De dónde deriva la hegemonía del inglés?

Juan José Arias

Universidad Nacional del Comahue (UNCOMA)

Instituto Superior de Profesorado 'J. V. González' (ISPJVG)

Universidad Nacional de Hurlingham (UNAHUR)

IES en Lenguas Vivas 'J. R. Fernández' (IESLVJRF)

juanjose.arias@hotmail.com

(Recibido: 11 de marzo, 2024; aceptado: 19 de marzo, 2024)

Resumen

El siguiente artículo reflexivo se escribe en respuesta a un artículo de Montserrat & Mórtola (2023) y gira en torno a dos ideas principales: (i) Las políticas educativas en lenguas extranjeras en Argentina no se encuentran a la deriva y el rol del inglés en el sistema educativo no surge por defecto sino que es producto de políticas lingüísticas específicas coordinadas por distintos agentes; (ii) A pesar de que el aprendizaje y enseñanza de inglés no siempre son una actividad de cipayos, algunos de los discursos y argumentos a partir de los cuales se justifican sí pueden llegar a serlo.

Palabras claves: Políticas lingüísticas, enseñanza del inglés, neoimperialismo

Abstract

The following reflective article has been written in response to an article by Montserrat & Mórtola (2023) and revolves around two main ideas: (i) Foreign language education policies in Argentina are not adrift and the role of English in the education system is not set by default but is the product of specific language policies coordinated by different agents; (ii) Although the learning and teaching of English are not always subservient to foreign and imperial powers, some of the discourses and arguments which legitimise them might be so.

Key words: Linguistic policies, English teaching, neoimperialism

Introducción

Hace poco se publicó en *Gloria y Loor* —portal de reflexión y divulgación sobre la educación en Argentina— un artículo escrito por los colegas Gustavo Mórtola y Mariano Montserrat (2023) en el que se argumenta que, en la Argentina, (i) las políticas educativas en lenguas extranjeras se encuentran a la deriva y construidas por defecto; (ii) hablar inglés no es de cipayos sino de profundo interés nacional. En este artículo reflexivo, me gustaría compartir una visión alternativa sobre las políticas lingüísticas en nuestro país y reflexionar sobre el rol del inglés en el sistema educativo actual.

Las ideas que desarrollaré son dos:

1. Las políticas educativas en lenguas extranjeras no se encuentran a la deriva y el papel que ocupa el inglés en el sistema educativo no es 'por defecto' sino el resultado de una planificación lingüística concreta coordinada por el Estado y auspiciada por el mercado, el Reino Unido, Estados Unidos y otros organismos internacionales.
2. Hablar inglés no es necesariamente de cipayos, pero algunos de los discursos y argumentos que promueven su enseñanza sí suelen serlo.

Mar de fondo

Cuando se trata de la hegemonía del inglés en la enseñanza de lenguas en Argentina y el mundo no hay mejor metáfora discursiva que la marítima. Porque fue a través de los mares y de sus poderosos navíos que Inglaterra se consolidó como potencia mundial, fundamentalmente a partir del siglo XVIII. El denominado Imperio Británico abarcaba para principios de 1920 casi un cuarto de la población del mundo (Jackson, 2013) y, como bien se sabe, el proceso de colonización llevado a cabo por el Reino Unido se caracterizó, lamentablemente, por la hegemonía cultural británica, la explotación de recursos, la esclavitud, la piratería y la imposición del inglés como lengua dominante en los amplios territorios que lo conformaban. La expansión del inglés a lo largo de los siete mares no fue entonces producto de su valor comunicativo ni de su simplicidad sino de políticas imperialistas y supremacistas bajo el comando de la corona británica.

Luego de la Segunda Guerra Mundial y en un contexto de globalización e internacionalización, ya con el Imperio Británico en decadencia y la emergencia de Estados Unidos como nueva potencia mundial, se puede advertir un cambio de rumbo. El inglés ya no se presenta como propiedad exclusiva del Reino Unido sino como la lengua global, una lengua internacional que permite comunicarnos entre todos. En este nuevo contexto, plantea Robert Phillipson (1992), la enseñanza del inglés se asemeja a los antiguos navíos de guerra con los que Inglaterra expandía sus horizontes culturales y políticos. Ahora la penetración cultural e ideológica no solo cuenta con la ayuda y el patrocinio de Estados Unidos —otro gigante bélico e imperialista en nuestros tiempos—, sino que es más sutil: se disemina a partir de las películas, la literatura, la música, los medios, las redes sociales y también a partir de los libros de texto y demás materiales que se emplean para aprender inglés. Basta con mirar las temáticas e ideologías presentes en los *Student's books* o las famosas celebraciones en las clases de inglés (*Halloween*) o la fuerte presencia de contenidos culturales asociados a Estados Unidos y Gran Bretaña en la formación de docentes de inglés, quienes tienen que tener, por ejemplo, un conocimiento cabal de la historia y literatura de estos países a la hora de graduarse.

En la cresta de la ola

La enseñanza del inglés se convierte entonces en una forma de *neoimperialismo*, de ese imperialismo que no necesita la fuerza y la invasión de antes, sino que dispone de otros medios menos directos, aunque más ingeniosos. A pesar de que nos quieran convencer de que el inglés es la lengua de todos y todas, su hegemonía en el sistema educativo no es un hecho fortuito, casual, que se dio por defecto ni mucho menos. Que el inglés esté en la cresta de la ola es producto de un proceso histórico y planificado de colonización, que devino en que el Estado argentino invierta recursos en esta lengua y no en otras, que forme docentes en esta lengua y no en otras, que determine la obligatoriedad de esta lengua y no de otras.



Es importante que quede bien claro que el inglés no ganó ni por abandono ni por defecto y que las lenguas extranjeras, más allá de que no cuenten con una Dirección nacional que las coordine, no se encuentran a la deriva ni en una situación de absoluta marginalidad y olvido, como sí lo están las lenguas originarias en nuestro país, lenguas históricamente minorizadas e invisibilizadas por el Estado y los poderes hegemónicos. A diferencia de lo planteado por los colegas Mórtola y Montserrat, creemos que tanto la acción como la omisión estatal constituyen políticas lingüísticas concretas con consecuencias que están a la vista.

En cuanto a las acciones, la legislación ‘plurilingüe’ otorga, en principio, un marco legal y mayores recursos económicos a las lenguas poderosas como el inglés, que se visibilizan en la obligatoriedad de esta lengua en distintos niveles del sistema educativo, en la ubicuidad de institutos y universidades formadores de docentes de inglés como así también en libros, diccionarios y otros materiales, que son mucho mayores que aquellos de los que disponen otras lenguas minorizadas como el mapudungún o el mocoví. También lejos están de ser una política de inacción los convenios firmados en 2023 entre el *British Council* y la UNICABA, o entre el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires y la firma editorial *Pearson Education*, a través del cual se deja en manos de una empresa privada el diseño, planificación y dictado remoto de clases de inglés en escuelas de gestión estatal de la ciudad. Tampoco es fruto de la inacción el Programa de Asistentes de Idiomas impulsado por el *British Council*, el Ministerio de Educación Nacional y la Asociación *Fulbright* de Estados Unidos implementado en distintas provincias del país. Ante este panorama, resulta curioso que se victimice al inglés y a las otras lenguas presentes en el currículum escolar (francés, portugués, italiano y alemán) por estar “en el olvido y ser marginales”. También es llamativo que el plurilingüismo se conciba solo en función de lenguas extranjeras, hegemónicas y europeas, y no en función de otras lenguas originarias locales, que efectivamente han sido víctimas de discriminación y de la invisibilización del Estado nacional a lo largo de la historia.

Respecto de la omisión, es sabido que la no política *es* una política, un tipo de política clave en los programas neoliberales actuales. El no hacer nada, el no invertir, el abandonar las políticas a su suerte es una de las herramientas mediante las cuales el mercado toma el timón y define el rumbo a seguir. En tiempos de neoliberalismo, la inacción *es* una acción, que conlleva a una enseñanza del inglés de menor calidad en el sistema educativo estatal y a su consecuente privatización y mercantilización. Ante la ‘inacción’ del estado en algunas provincias y jurisdicciones, se genera una necesidad, el inglés se torna una mercancía y es ahí cuando las instituciones privadas arriban a puerto para invitar a subir a bordo a muchos y muchas estudiantes que, ahora devenidos en clientes, están interesados en comprar este ‘inglés paralelo’ que el Estado no siempre puede ofrecerles. Este aparente naufragio a la deriva, cuyo capitán es un Estado cruzado de brazos frente al timón, responde en realidad a claros lineamientos internacionales e instrucciones del mercado, situación que profundiza las desigualdades y genera que no todos los ciudadanos y ciudadanas de Argentina tengan las mismas posibilidades a la hora de elegir si viajan en primera, segunda o tercera, dada la heterogeneidad de niveles y de calidad de experiencias de aprendizaje tanto en el sistema público como privado. La oximorónica inacción-acción del Estado resulta beneficiosa y, principalmente, muy redituable para aquellas instituciones privadas que validan el conocimiento del inglés en el mercado, tales como las universidades que expiden certificados a través de exámenes internacionales o las editoriales, que se encargan de comercializar los libros de textos que se utilizan para aprender inglés en los ámbitos educativos tanto formales como no formales.

Frankensteins, Troya y otros cipayismos a bordo

Muchas veces se plantea que el inglés es de cipayos, que los profesores de inglés son ‘agentes del imperialismo’. Coincidimos con Mórtola y Montserrat en que esto no es necesariamente así, aunque ciertos discursos que se emplean para justificar la hegemonía del inglés en el sistema educativo sí pueden llegar a serlo.

Uno de esos discursos, fuertemente anclados en la sociedad, gira en torno a la idea de que el inglés es una lengua franca, la lengua de todos y todas, ya que permite comunicarnos con cualquiera. La promoción de la lengua se ejecuta así muchas veces

bajo una lógica mercantilista. Se la describe, por ejemplo, como una mercancía o bien cultural que posee, según De Swaan (2001), un ‘valor Q’, destacando su alta ‘utilidad comunicativa’. Argumentos de esta índole, mediante los cuales el inglés se presenta como una valiosa lengua franca global, deben analizarse con mayor detenimiento. ¿Por qué?

Phillipson (2008) indica que este tipo de razonamientos tiende a auspiciar al inglés como una lengua ‘neutral’ y ‘universal’, desligándola de las circunstancias políticas y culturales en las que se consolidó como lengua dominante y hegemónica. Más que una lengua franca, dice Phillipson, es una lengua ‘Frankenstein’. Al igual que sucede con ‘Frankenstein’ en la novela de Shelly, *franca* termina siendo un concepto utilizado para esconder a los verdaderos responsables de la monstruosidad. Así, la gente suele pensar que el inglés es una lengua neutral y se olvida de los poderes e ideologías que están detrás de su consolidación como lengua global, del mismo modo que suelen creer que ‘Frankenstein’ es el ‘monstruo’, cuando en realidad se trata de su creador. Es así, a partir de las palabras, como se va construyendo la hegemonía y el sentido común. A menos que se analice críticamente, el discurso aparentemente apolítico del inglés como lengua franca con alto valor comunicativo puede operar según la lógica del cipayismo, ya que legitima la supremacía del inglés y sirve así a los intereses políticos y económicos extranjeros que se benefician de esta situación de hegemonía lingüística.

Siguiendo con las analogías, Cooke (1988) señala que el inglés a veces resulta ser una suerte de caballo de Troya, ya que se lo presenta como un ‘regalo’, como un beneficio que garantiza la cooperación y la comunicación con el mundo, como una llave que abre múltiples puertas. Sin embargo, adentro del caballo hay algo escondido: un conjunto de ideologías y representaciones que, sin que nos demos cuenta, se absorben durante las clases al son del *verb to be and the days of the week*. Es decir que cuando uno estudia inglés, también se adquieren e incorporan ciertas ideas, discursos y sistemas de creencias relativos a las culturas dominantes y a cosmovisiones acerca de cómo debería ser el mundo. Véanse los libros de textos para encontrar una marea de ejemplos: cuestiones culturales e históricas del Reino Unido y EEUU, temáticas que promueven que ‘el inglés sirve para viajar o para trabajar en empresas’, modelos de familias y viviendas, tradiciones culturales, monárquicas y religiosas... y la mar en coche.

Cabe preguntarse entonces: Además de enseñar una lengua que ‘favorece’ la comunicación global, ¿qué más estamos enseñando y qué intereses estamos sirviendo?

Nuestro norte es el Sur

Ante este pronóstico algo tormentoso, ¿hacia dónde vamos o deberíamos ir cuando enseñamos inglés? Responder esta pregunta es una cuestión compleja, pero quizás podríamos pensar algunas hojas de ruta alternativas.

Si queremos que la enseñanza de inglés no sea cipaya, es clave que los objetivos de nuestras clases no estén dictaminados por los libros de texto, las editoriales o universidades extranjeras, sino que respondan a las necesidades y problemáticas de nuestro alumnado. Una enseñanza crítica, que cuestione estos discursos neoliberales e imperialistas, que utilice el inglés como un medio para reflexionar acerca del mundo que nos rodea y desafiar las ideologías dominantes. Una enseñanza que explicita esas ideas y supuestos que el mercado y las instituciones hegemónicas intentan naturalizar en el sentido común. Una enseñanza que no responda a los intereses comerciales de la lengua ni a los intentos de banalizar la educación con *mindfulness*, *edutainment* y las denominadas neurociencias. Una enseñanza contrahegemónica y alternativa, que vaya en contra de la corriente, cuya proa mire hacia al Sur y no hacia al Norte.

En cuanto al rumbo de las políticas en lenguas extranjeras, el Estado debería virar hacia un sistema más igualitario, donde el inglés y otras lenguas europeas hegemónicas

no tengan el predominio exclusivo de los recursos, sino uno donde las lenguas minorizadas (la lengua de señas argentina, el wichí, el chorote, y el resto de las lenguas originarias) adquieran mayor visibilidad y poder en el sistema educativo. Por otro lado, resultaría pertinente que el Estado deje de estar a la retaguardia y rendido ante el mercado avasallador a través de su inacción-acción. Es hora de direccionar el barco hacia un horizonte soberano, capaz de garantizar una educación en lenguas de calidad, crítica y decolonial, acorde a las necesidades locales de nuestro país y de las comunidades que lo habitan.

Referencias

- Cooke, D. (1988). Ties that constrict: English as a Trojan Horse. En A. Cummings et al. (Eds.), *Awareness*. TESL, 56-62.
- De Swaan, A. (2001). *Words of the world. The global language system*. Polity Press and Blackwell.
- Jackson, A. (2013). *The British Empire: A Very Short Introduction*. Oxford University Press.
- Mórtola, G., y Montserrat, M. (2023). Naufrago a la deriva: algunas reflexiones sobre las políticas en lenguas extranjeras en la Argentina. *Gloria y Loor - ISSN 2953-3686*. <https://www.gloriayloor.com/naufrago-a-la-deriva-algunas-reflexiones-sobre-las-politicas-en-lenguas-extranjeras-en-la-argentina/>
- Phillipson, R. (1992). *Linguistic Imperialism*. OUP.
- Phillipson, R. (2008). Lingua franca or lingua frankensteinia? English in European integration and globalisation. *World Englishes*, 27(2), 250-284.